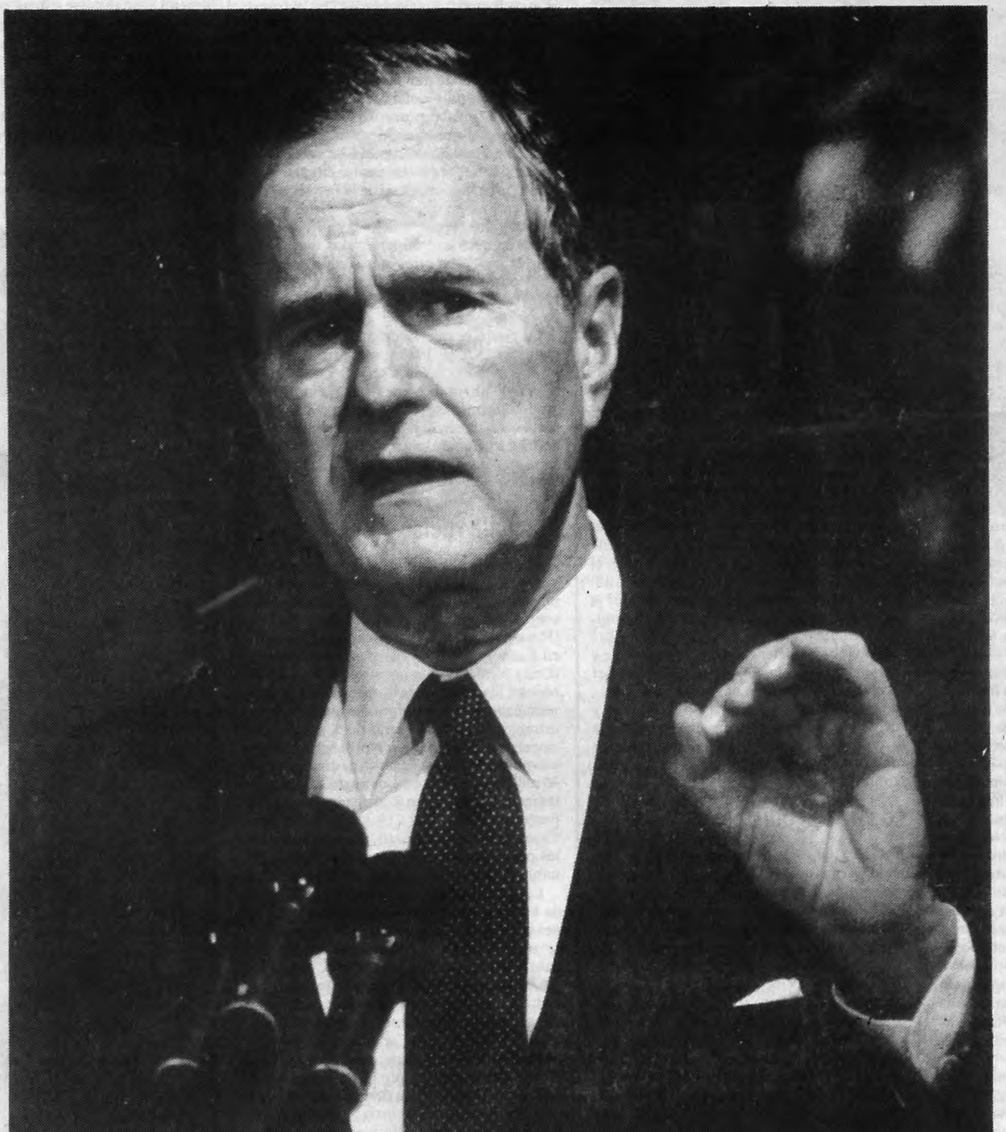
ETC.

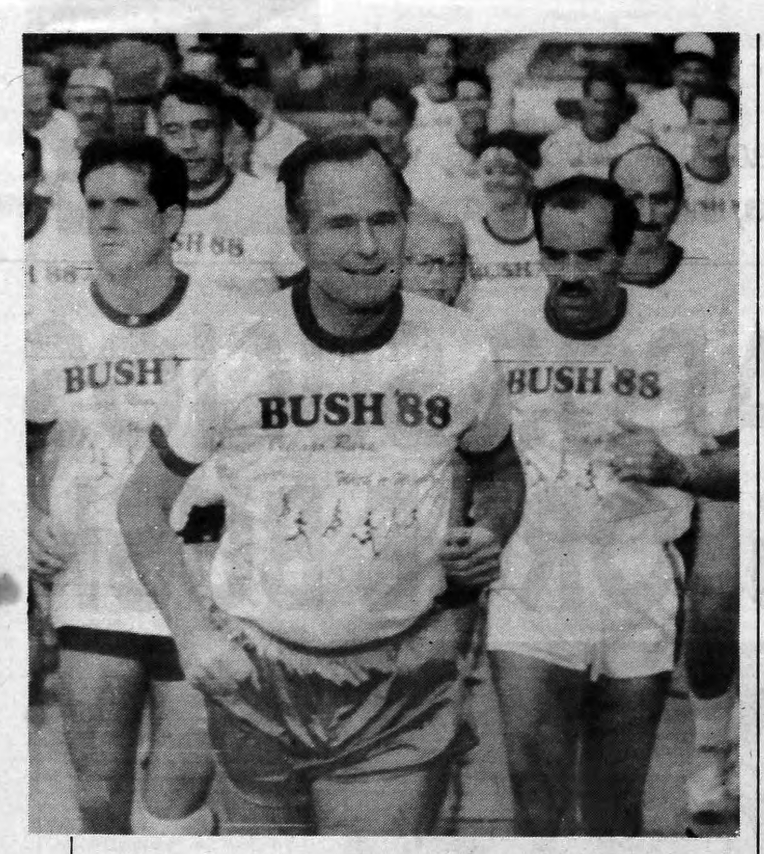
Investigación y reportajes
Página/12



LOS TRAPOS SUCIOS DE GEORGE BUSH



En cinco días más George Bush será el presidente de los Estados Unidos. Pero su foja no llega inmaculada: cuando creía haberse liberado de los hilos que lo vinculaban al escándalo Irán-contras, una investigación periodística destapó otra compleja trama. El operativo "Aguila Negra", previo al que hizo famoso a Oliver North, unió a Bush con el fallecido William Casey para abastecer ilegalmente de armas a los contras. No es éste, sin embargo, el primer gobierno que viola la Constitución. En la segunda nota de este suplemento, George McGovern —ex candidato demócrata a la presidencia— explica cómo, desde la Segunda Guerra Mundial, todos los gobiernos norteamericanos han incurrido en todo tipo de actividades ilegales, casi siempre, como Bush, en nombre de la seguridad nacional.



El 5 de octubre de 1986 el ex agente de la CIA Félix Rodríguez discó el número de las oficinas del vicepresidente. Su tono delataba el nerviosismo: había desaparecido uno de los aviones que transportaban las armas, para los contras, poniendo en peligro el operativo. Debía decírselo a su jefe, Donald Gregg, el consejero de seguridad nacional de George Bush. Pero Gregg no estaba —dijeron al otro lado de la línea— y fue su secretario quien recibió el mensaje. La alarma pasaría entonces a la Casa Blanca, que dispuso un operativo de rescate sin saber que el avión había sido derribado por el ejército nicaragüense y, mucho menos, que uno de sus tripulantes —Eugene Hasenfus— era ya un prisionero. La llamada de Rodríguez quedaba así como el cabo suelto de una intrincada maraña en la que quedó atrapado quien será, en pocos días más, el presidente de los Estados Unidos.

"Uno se harta de decir 'he dicho la verdad'." Con gesto cansado, George Bush respondía así a las preguntas sobre su vinculación con el caso Irán-contras, una sombra que lo persigue pese a que fue exonerado por el comité investigador. Sin embargo nadie en esa rueda de prensa habló de *Aguila Negra*, el operativo previo que sirvió para abastecer a los contras esquivando la prohibición del Congreso. La información salió a la luz en un extenso informe que los periodistas Howard Kohn y Vicki Monks publicaron en la revista norteamericana *Rolling Stone*. La llamada de Rodríguez sirvió para rastrear una cadena que lo une con Gregg, el ex director de la CIA William Casey y el propio Bush. Al ser consultados, los asesores del vicepresidente dijeron, sin embargo, que la comunicación de Rodríguez representaba la única vez que la oficina de él había jugado algún rol en la campaña de abastecimiento de armas.

Pero la investigación Kohn y Monks —basada en documentos del Congreso y la Corte y más de 50 entrevistas con funcionarios, militares y agentes de inteligencia— fue más allá para desentrañar el caso de *Aguila Negra*. Todo empezó en 1982, tras varias entrevistas entre Bush y William Casey, por entonces director de la CIA. Pero la operación no fue organizada por la agencia, sino por una suerte de "gobierno en la sombra". El año anterior Casey había diseñado un plan para derrocar a los sandinistas, expuesto durante una reunión en la Casa Blanca: se requerían unos 19 millones de dólares para entrenar a una fuerza guerrillera de 500 hombres. Si bien las implicancias del plan eran enormes —tras los escándalos de la década del '70 los agentes volverían a convertirse en soldados de guerras no declaradas— no encontró mayores objeciones en las altas esferas.

Pero en agosto de 1982 el Senado aprobó una resolución que ordenaba un alto a la expansión de la guerra. Conocida como la primera reforma Boland —por su autor, representante de Massachusetts—, la resolución prohibía explícitamente a la CIA y al Pentágono financiar proyectos militares para derrocar al gobierno sandinista. Así nació *Aguila Negra*: Casey esquivó la reforma reclutando hombres retirados de la CIA, agentes de inteligencia extranjeros, traficantes de armas y operadores free lance. Todos se reportaban por medio de funcionarios ubicados en las oficinas del vicepresidente, el Consejo Nacional de Seguridad y en los departamentos de Estado y Defensa. Casey encontró en Bush un respaldo a toda prueba: el vicepresidente —que había sido director de la CIA en 1976— creía como él que el Congreso había añadido riesgos insostenibles para el trabajo de inteligencia. Por el Acta de Vigilancia de Inteligencia, promulgada en 1980, las operaciones secretas que antes eran competencia sólo del presidente y del director de la CIA, ahora debían ser aceptadas por los dos comités de inteligencia de las cámaras. "El Congreso se excedió y debilitó a la CIA", dijo durante su campaña presidencial Bush, dando muestra cabal de que su línea de pensamiento no se modificó con los años.

Los protagonistas

Con 31 años en el interior de la CIA, Donald Gregg fue el hombre elegido para coordinar *Aguila Negra*. Se unió entonces al staff de Bush como consejero de seguridad nacional y renunció a la CIA para cortar cualquier conexión con Casey. En realidad, se habían conocido mucho antes: su amistad se remontaba a 1976, cuando Bush recaló en Langley. Alto, prolijo, vestido siempre sobriamente, Gregg impresionó bien al vicepresidente. Llegó a la CIA recién egresado del William College, donde se graduó en filosofía; se dice que está en su salsa en la edulcorada Costa Este, donde juega al tenis con sus amigos. Pero las experiencias centrales de su vida son anteriores: entre 1970 y 1972 fue jefe de base en Saigón, donde dirigía una unidad contrainsurgente de elite, famosa por su celo en las técnicas interrogatorias y por la osadía de sus raids en helicópteros, que no se tomaban demasiado trabajo para diferenciar a los combatientes regulares del Vietcong de sus partidarios civiles.

Uno de los héroes de la unidad de Gregg era un piloto cubano llamado Félix Rodríguez. Su amor por el combate y su fervor anticomunista lo llevaron a Africa, Medio Oriente y América Central, alejándolo a menudo de su familia que se había instalado en Miami tras la revolución cubana. Rodríguez declaró a los periodistas de *Rolling Stone* que cuando comenzó la lucha en Nicaragua se ofreció inmediatamente como voluntario para "ayudar a los contras de cualquier manera posible". En marzo de 1983 voló a Washington para ver a Gregg: creía que América Central necesitaba una unidad semejante a la de Gregg en Vietnam. Más aún, había diseñado un plan para dirigir raids sobre las bases sandinistas. El texto del esquema —llamado en código *Pink Team*— fue encontrado tiempo después, junto a un memo de Gregg, en la caja fuerte de Oliver North. Tomado con escepticismo en el Pentágono, el plan nunca se puso totalmente en práctica, pero su autor fue reclutado full time para *Aguila Negra*.

Rodríguez tiene un largo historial. A los 19 años condujo un equipo de cinco hombres hasta Cuba, poco antes de la invasión de Bahía de los Cochinos. Tras el fracaso, volvió varias veces a su tierra natal como agente de la CIA y participó en un intento de asesinato a Fidel Castro. Se dice que también formó parte de un equipo enviado por Washington para colaborar con el ejército boliviano en la captura del Che Guevara. Rodríguez afirma que fue el último norteamericano que habló con el Che antes de la ejecución. Sobre este encuentro circulan dos historias en la comunidad de la Pequeña Habana en Miami: una de ellas sostiene que el Che se quitó el reloj y se lo dio a Rodríguez antes de decirle: "Somos todos hermanos bajo la piel". La otra, más creíble, asegura que Rodríguez y sus hombres de la CIA se dividieron las pertenencias del Che como botín de guerra.

Lo cierto es que Rodríguez dejó formalmente la CIA en 1976 y comenzó a cobrar una pensión por invalidez por heridas recibidas en Vietnam. Sin embargo, siguió aceptando misiones especiales de la agencia. Experto en explosivos, hábil tirador y piloto, se destacó enseguida entre los operadores de *Aguila Negra* y pronto fue una de sus estrellas.

El Aguila vuela

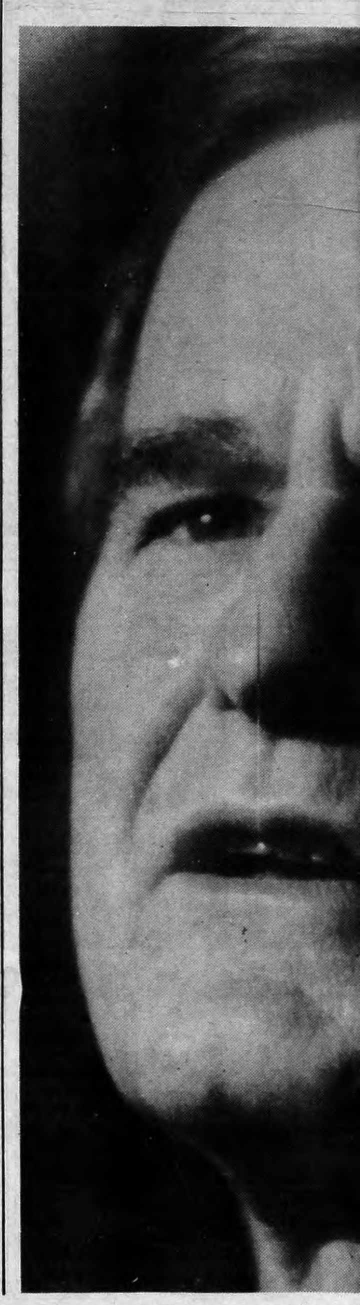
Los aviones de *Aguila Negra* —la mayoría viejos DC-6 y C-123— cubrían dos bases: una en El Salvador, para la mayor concentración de contras en el frente norte (Honduras y el norte de Nicaragua) y la otra en Panamá, para los contras del frente sur (Costa Rica). Según la investigación de Kohn y Monks, los fondos para la operación se habían recaudado con colaboraciones de gobiernos extranjeros. El funcionario del Consejo Nacional de Seguridad Oliver North había abierto cuentas secretas que llegaron a sumar más de 30 millones de dólares. Los pagos a los agentes reclutados —como Rodríguez— salían de fondos en negro de la CIA y del Pentágono: Casey había insistido particularmente en que los participantes fueran retirados de las nóminas de pago oficiales del gobierno.

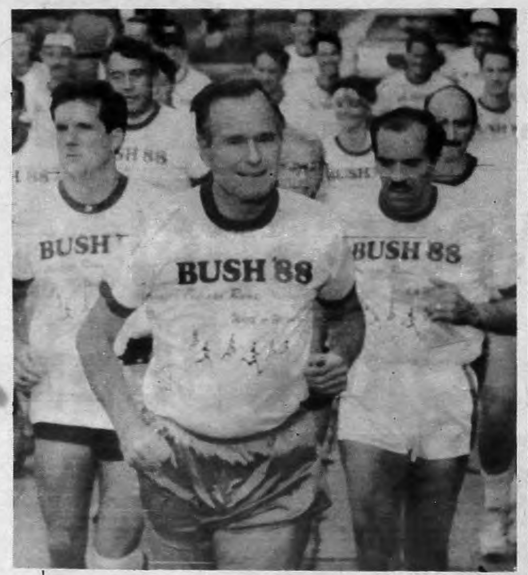
La investigación también cita como uno de los protagonistas de *Aguila Negra* al general Manuel Noriega. Según funcionarios de inteligencia norteamericanos, Noriega habría facilitado los aeropuertos panameños para el operativo americano y a cambio utilizado los aviones para contrabandear cocaína y marihuana al interior de los Estados Unidos a nombre del Cartel de Medellín colombiano. Algunos participantes de la operación aseguran que tanto Gregg como Bush estaban al tanto de esta derivación, pero no hicieron nada para detenerla. Pero la red es aún más intrincada: Noriega entró en las operaciones a través de los agentes del Mossad, el servicio de inteligencia israelí. Había sido idea de Casey usarlos para concretar la compra y embarque de armas como forma de distanciar a los funcionarios y agentes norteamericanos de la operación. Pero entonces se cometió un extraño error: en algunos embalajes de armas apareció estampada la leyenda "CIA Warehouse" (depósito de la CIA), haciendo peligrar la ruta utilizada de San Antonio, Tejas. Casey pidió entonces un cambio de ruta hacia El Salvador y Panamá. En el primer país, el gobierno estaba muy endeudado con Estados Unidos por su ayuda militar; en el caso de Noriega, se sabía que estaba dispuesto a concretar algunos negocios.

El contacto panameño fue Michael Harari, si bien Noriega ya había mantenido en el pasado relación con la inteligencia norteamericana: a mediados de los 70, siendo director de la Guardia Nacional Panameña, fue informante pago de la CIA; posteriormente, en 1983, permitió que se entrenasen contras en suelo panameño. Se selló entonces un acuerdo según el cual un uno por ciento de la ganancia bruta derivada del narcotráfico se utilizaría para comprar armas destinadas a los contras. La investigación asegura que, mientras estuvo vigente ese pacto, Noriega se dedicó a coleccionar información que comprometía a los norteamericanos. Uno de sus antiguos ayudantes, el coronel Roberto Díaz Herrera, asegura que el general solía jactarse con una delicada frase: "Tengo a Bush por las pelotas".

Aterrizaje forzoso

La guerra con Nicaragua seguía perdiendo adeptos en el Congreso y en octubre de 1984 se aprobó una segunda reforma Boland que sólo permitía la asistencia humanitaria a los contras. El *Aguila Negra* iba llegando a su





El 5 de octubre de 1986 el ex agente de la CIA Félix Rodríguez discó el número de las oficinas del vicepresidente. Su tono delataba el nerviosismo: había desaparecido uno de los aviones que transportaban las armas, para los contras, poniendo en peligro el operativo. Debía decírselo a su jefe, Donald Gregg, el consejero de seguridad nacional de George Bush. Pero Gregg no estaba —dijeron al otro lado de la línea— y fue su secretario quien recibió el mensaje. La alarma pasaría entonces a la Casa Blanca, que dispuso un operativo de rescate sin saber que el avión había sido derribado por el ejército nicaragüense y, mucho menos, que uno de sus tripulantes —Eugene Hasenfus— era ya un prisionero. La llamada de Rodríguez quedaba así como el cabo suelto de una intrincada maraña en la que quedó atrapado quien será, en pocos días más, el presidente de los Estados Unidos.

"Uno se harta de decir 'he dicho la verdad'." Con gesto cansado, George Bush respondía así a las preguntas sobre su vinculación con el caso Irán-contras, una sombra que lo persigue pese a que fue exonerado por el comité investigador. Sin embargo nadie en esa rueda de prensa habló de *Aguila Negra*, el operativo previo que sirvió para abastecer a los contras esquivando la prohibición del Congreso. La información salió a la luz en un extenso informe que los periodistas Howard Kohn y Vicki Monks publicaron en la revista norteamericana *Rolling Stone*. La llamada de Rodríguez sirvió para rastrear una cadena que lo une con Gregg, el ex director de la CIA William Casey y el propio Bush. Al ser consultados, los asesores del vicepresidente dijeron, sin embargo, que la comunicación de Rodríguez representaba la única vez que la oficina de él había jugado algún rol en la campaña de abastecimiento de armas.

Pero la investigación Kohn y Monks —basada en documentos del Congreso y la Corte y más de 50 entrevistas con funcionarios, militares y agentes de inteligencia— fue más allá para desentrañar el caso de *Aguila Negra*. Todo empezó en 1982, tras varias entrevistas entre Bush y William Casey, por entonces director de la CIA. Pero la operación no fue organizada por la agencia, sino por una suerte de "gobierno en la sombra". El año anterior Casey había diseñado un plan para derrocar a los sandinistas, expuesto durante una reunión en la Casa Blanca: se requerían unos 19 millones de dólares para entrenar a una fuerza guerrillera de 500 hombres. Si bien las implicancias del plan eran enormes —tras los escándalos de la década del '70 los agentes volverían a convertirse en soldados de guerras no declaradas— no encontró mayores objeciones en las altas esferas.

Pero en agosto de 1982 el Senado aprobó una resolución que ordenaba un alto a la expansión de la guerra. Conocida como la primera reforma Boland —por su autor, representante de Massachusetts—, la resolución prohibía explícitamente a la CIA y al Pentágono financiar proyectos militares para derrocar al gobierno sandinista. Así nació *Aguila Negra*: Casey esquivó la reforma reclutando hombres retirados de la CIA, agentes de inteligencia extranjeros, traficantes de armas y operadores free lance. Todos se reportaban por medio de funcionarios ubicados en las oficinas del vicepresidente, el Consejo Nacional de Seguridad y en los departamentos de Estado y Defensa. Casey encontró en Bush un respaldo a toda prueba: el vicepresidente —que había sido director de la CIA en 1976— creía como él que el Congreso había añadido riesgos insostenibles para el trabajo de inteligencia. Por el Acta de Vigilancia de Inteligencia, promulgada en 1980, las operaciones secretas que antes eran competencia sólo del presidente y del director de la CIA, ahora debían ser aceptadas por los dos comités de inteligencia de las cámaras. "El Congreso se excedió y debilitó a la CIA", dijo durante su campaña presidencial Bush, dando muestra cabal de que su línea de pensamiento no se modificó con los años.

Los protagonistas

Con 31 años en el interior de la CIA, Donald Gregg fue el hombre elegido para coordinar *Aguila Negra*. Se unió entonces al staff de Bush como consejero de seguridad nacional y renunció a la CIA para cortar cualquier conexión con Casey. En realidad, se habían conocido mucho antes: su amistad se remontaba a 1976, cuando Bush recaló en Langley. Alto, prolijo, vestido siempre sobriamente, Gregg impresionó bien al vicepresidente. Llegó a la CIA recién egresado del William College, donde se graduó en filosofía; se dice que está en su salsa en la edulcorada Costa Este, donde juega al tenis con sus amigos. Pero las experiencias centrales de su vida son anteriores: entre 1970 y 1972 fue jefe de base en Saigón, donde dirigía una unidad contrainsurgente de elite, famosa por su celo en las técnicas interrogatorias y por la osadía de sus raids en helicópteros, que no se tomaban demasiado trabajo para diferenciar a los combatientes regulares del Vietcong de sus partidarios civiles.

Uno de los héroes de la unidad de Gregg era un piloto cubano llamado Félix Rodríguez. Su amor por el combate y su fervor anticomunista lo llevaron a Africa, Medio Oriente y América Central, alejándolo a menudo de su familia que se había instalado en Miami tras la revolución cubana. Rodríguez declaró a los periodistas de *Rolling Stone* que cuando comenzó la lucha en Nicaragua se ofreció inmediatamente como voluntario para "ayudar a los contras de cualquier manera posible". En marzo de 1983 voló a Washington para ver a Gregg: creía que América Central necesitaba una unidad semejante a la de Gregg en Vietnam. Más aún, había diseñado un plan para dirigir raids sobre las bases sandinistas. El texto del esquema —llamado en código *Pink Team*— fue encontrado tiempo después, junto a un memo de Gregg, en la caja fuerte de Oliver North. Tomado con escepticismo en el Pentágono, el plan nunca se puso totalmente en práctica, pero su autor fue reclutado full time para *Aguila Negra*.

Rodríguez tiene un largo historial. A los 19 años condujo un equipo de cinco hombres hasta Cuba, poco antes de la invasión de Bahía de los Cochinos. Tras el fracaso, volvió varias veces a su tierra natal como agente de la CIA y participó en un intento de asesinato a Fidel Castro. Se dice que también formó parte de un equipo enviado por Washington para colaborar con el ejército boliviano en la captura del Che Guevara. Rodríguez afirma que fue el último norteamericano que habló con el Che antes de la ejecución. Sobre este encuentro circulan dos historias en la comunidad de la Pequeña Habana en Miami: una de ellas sostiene que el Che se quitó el reloj y se lo dio a Rodríguez antes de decirle: "Somos todos hermanos bajo la piel". La otra, más creíble, asegura que Rodríguez y sus hombres de la CIA se dividieron las pertenencias del Che como botín de guerra.

Lo cierto es que Rodríguez dejó formalmente la CIA en 1976 y comenzó a cobrar una pensión por invalidez por heridas recibidas en Vietnam. Sin embargo, siguió aceptando misiones especiales de la agencia. Experto en explosivos, hábil tirador y piloto, se destacó enseguida entre los operadores de *Aguila Negra* y pronto fue una de sus estrellas.

El Aguila vuela

Los aviones de *Aguila Negra* —la mayoría viejos DC-6 y C-123— cubrían dos bases: una en El Salvador, para la mayor concentración de contras en el frente norte (Honduras y el norte de Nicaragua) y la otra en Panamá, para los contras del frente sur (Costa Rica). Según la investigación de Kohn y Monks, los fondos para la operación se habían recaudado con colaboraciones de gobiernos extranjeros. El funcionario del Consejo Nacional de Seguridad Oliver North había abierto cuentas secretas que llegaron a sumar más de 30 millones de dólares. Los pagos a los agentes reclutados —como Rodríguez— salían de fondos en negro de la CIA y del Pentágono: Casey había insistido particularmente en que los participantes fueran retirados de las nóminas de pago oficiales del gobierno.

La investigación también cita como uno de los protagonistas de *Aguila Negra* al general Manuel Noriega. Según funcionarios de inteligencia norteamericanos, Noriega habría facilitado los aeropuertos panameños para el operativo americano y a cambio utilizado los aviones para contrabandear cocaína y marihuana al interior de los Estados Unidos a nombre del Cartel de Medellín colombiano. Algunos participantes de la operación aseguran que tanto Gregg como Bush estaban al tanto de esta derivación, pero no hicieron nada para detenerla. Pero la red es aún más intrincada: Noriega entró en las operaciones a través de los agentes del Mossad, el servicio de inteligencia israelí. Había sido idea de Casey usarlos para concretar la compra y embarque de armas como forma de distanciar a los funcionarios y agentes norteamericanos de la operación. Pero entonces se cometió un extraño error: en algunos embalajes de armas apareció estampada la leyenda "CIA Warehouse" (depósito de la CIA), haciendo peligrar la ruta utilizada de San Antonio, Tejas. Casey pidió entonces un cambio de ruta hacia El Salvador y Panamá. En el primer país, el gobierno estaba muy endeudado con Estados Unidos por su ayuda militar; en el caso de Noriega, se sabía que estaba dispuesto a concretar algunos negocios.

El contacto panameño fue Michael Harari, si bien Noriega ya había mantenido en el pasado relación con la inteligencia norteamericana: a mediados de los 70, siendo director de la Guardia Nacional Panameña, fue informante pago de la CIA; posteriormente, en 1983, permitió que se entrenasen contras en suelo panameño. Se selló entonces un acuerdo según el cual un uno por ciento de la ganancia bruta derivada del narcotráfico se utilizaría para comprar armas destinadas a los contras. La investigación asegura que, mientras estuvo vigente ese pacto, Noriega se dedicó a coleccionar información que comprometía a los norteamericanos. Uno de sus antiguos ayudantes, el coronel Roberto Díaz Herrera, asegura que el general solía jactarse con una delicada frase: "Tengo a Bush por las pelotas".

Aterrizaje forzoso

La guerra con Nicaragua seguía perdiendo adeptos en el Congreso y en octubre de 1984 se aprobó una segunda reforma Boland que sólo permitía la asistencia humanitaria a los contras. El *Aguila Negra* iba llegando a su fin: tanto los israelíes como los norteamericanos se habían puesto nerviosos por la intervención cada vez mayor de Noriega. El general panameño era indispensable, pero cada vuelo corría enormes riesgos de ser descubierto. Sin embargo, fue otro el factor desencadenante: dos norteamericanos que trabajaban como agentes para Israel, Jonathan y Anne Henderson-Pollard fueron arrestados en Washington. Los responsables del Mossad decidieron vengarse retirándose de *Aguila Negra*.

Mientras la operación se iba desintegrando, Casey le pidió a North que organizara otra, que se conoció como *Empresa*. A través de la venta de misiles TOW a Irán, esta operación recaudó 48 millones de dólares, de los cuales 16,5 se destinaron a los contras. Pero los tiempos se alargaban: el primer embarque de la *Empresa*, comprado en China, tardó cinco meses en llegar a Centroamérica. Casey, impaciente, comenzó entonces una tercera operación que recibió el nombre de *Supermercado*: se compraron armas de fabricación soviética en Portugal que luego fueron embarcadas hacia depósitos en Honduras y posteriormente a los campamentos contras. Los fondos, en este caso, provinieron de ciertos empresarios que intentaban obtener algún provecho; entre ellos se contaban Ronald Martin y Mario Delamico, dos amigos de Félix Rodríguez. Uno de los líderes del operativo fue John "Jeb" Bush, el hijo del vicepresidente. "En la calle se decía que Jeb era el hombre que había que ver si uno quería ayudar a los contras", aseguró a *Rolling Stone* John Mattes, un ex defensor público.

Allí empieza una larga desavenencia entre North y Rodríguez. Ante el Comité Irán-contras, North atestiguó que se volvió contra la operación *Supermercado* por los misteriosos orígenes de su capital inicial. Una versión de entonces aseguraba que el financista en las sombras era otra vez Noriega. Rodríguez cree, en cambio, que North se aprovechó para aumentar su base de poder y asegurar a la *Empresa* un virtual monopolio sobre los fondos. La disputa prácticamente dividió al "gobierno en las sombras" de una forma curiosa, ya que North era el favorito de Casey, mientras que Rodríguez era considerado emisario de Bush. El fácil acceso que el cubano tenía a las oficinas del vicepresidente era irritante para North, que escribió en su libreta: "Félix está hablando demasiado sobre la conexión VP".

En la investigación del affaire Irán-contras del Congreso apareció una nota manuscrita de Bush agradeciendo a North su "dedicación y trabajo incansable con el asunto de los rehenes y con América Central". Bush dice que no recuerda por qué mandó la nota. Sin embargo la fecha, noviembre de 1985, sugiere que se intentaba una apertura para aflojar las tensiones en el grupo. Pero poco después envió uno de sus propios hombres, Samuel Watson, para supervisar las operaciones con los contras.

Para 1986, el "gobierno en las sombras" tenía serias resquebrajaduras. Sin embargo, se logró seguir adelante un tiempo más, hasta el 5 de octubre. Ese día el ejército nicaragüense derribó el avión de Southern Air, destrozando al mismo tiempo una cobertura que casi había logrado éxito.

Desde que saltó el escándalo Irán-contras, a fines de 1986, Bush y su equipo han negado rotundamente estar involucrados. "Existe una insidiosa sugerencia de que yo conducía una operación", dijo el vicepresidente. "Es falsa, injusta y totalmente equivocada". Siempre ha hecho hincapié en que él y su staff fueron exonerados por el comité investigador. Sin embargo, la investigación se centró en la operación *Empresa* de North y sus conexiones iraníes. Sólo hubo una referencia a *Supermercado* y ninguna a *Aguila Negra*.

Consultado sobre las conclusiones de la investigación de *Rolling Stone*, George Bush hizo contestar a su secretario de prensa: "El mantendrá las declaraciones que ya hizo". El viernes 20 será el presidente de los Estados Unidos.



Desde pequeño, George Bush fue educado para el poder. Pasó por los mejores colegios y universidades, cumpliendo con el modelo americano: excelente estudiante y hábil deportista. Luego haría buenos negocios en la actividad petrolera hasta entusiasmarse con la política. Mucho después aparecería otra pasión: las operaciones encubiertas y los contras nicaragüenses.



PRESIDENTE CONSTITUCIONAL, SE BUSCA

Por George McGovern

Cuando un nuevo presidente llega al poder, él alza su mano derecha, coloca su mano izquierda sobre la Biblia, mira directamente a los ojos del presidente de la Corte Suprema de Justicia y luego jura "preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos de América". Incluidas en el artículo II de la Constitución, bajo las responsabilidades del presidente, están estas palabras: "El presidente se preocupará de que las leyes se cumplan *al pie de la letra*".

Esta es la única promesa que el presidente está legalmente obligado a cumplir. En realidad nadie espera (o desea, muy probablemente) que el nuevo presidente cumpla con cada uno de los puntos de su plataforma de campaña. Pero sí tenemos el derecho a esperar de un presidente que honre su juramento constitucional y que cumpla con las leyes del país, aun con aquellas leyes que no sean personalmente de su agrado.

Desgraciadamente, muchos de nuestros presidentes desde el fin de la Segunda Guerra Mundial han violado la Constitución y las leyes. Virtualmente cada crisis presidencial grave en los últimos cuarenta años ha sido consecuencia de violaciones presidenciales de la ley. Desde la guerra de Corea a Bahía Cochinos, desde Vietnam a Watergate, Irán y la guerra encubierta contra Nicaragua, los presidentes han debilitado al país y a su propia credibilidad al deshonrar la Constitución.

La mayoría de estas violaciones se han cometido en nombre de la seguridad nacional, la mayoría de ellas fueron confabulaciones preparadas en secreto por un puñado de personas que rodeaban al presidente. La mayoría de ellas no sólo era ilegal, sino que eran ideas mal concebidas, que avergonzaron al país. Estas crisis constitucionales no reconocen preferencias partidarias y han afectado del mismo modo a los gobiernos demócratas como a los republicanos.

La CIA

Durante 1947, con la guerra fría intensificándose, el presidente Harry Truman creó la Agencia Central de Inteligencia (la CIA), para fortalecer y coordinar la recolección de inteligencia en el extranjero. Casi desde sus mismos inicios, la CIA se comprometió no sólo en la recolección de información de inteligencia, sino también en operaciones encubiertas, las cuales incluían —en el extranjero— fraudes electorales y manipulación de sindicatos, sobornos a funcionarios oficiales, ejecución de operaciones paramilitares, derrocamientos de gobiernos, asesinato de funcionarios extranjeros, protección de criminales de guerra nazis, y mentirle al Congreso.

En los últimos años, Truman lamentó profundamente las operaciones de la CIA, las cuales sobrepasaron todo lo que él pensó al crearla. Pero las prácticas han seguido adelante y, lo que es más significativo, pareciera que han infectado la conducta de nuestros funcionarios de seguridad nacional, desde el presidente para abajo. Si resulta aceptable que la CIA viole las leyes en nombre de la seguridad nacional, ¿por qué no se debería justificar a otros cuando colocan la seguridad nacional por encima y más allá de la Constitución? (tal es el caso de Fawn Hall, secretaria del teniente coronel Oliver North, quien dijo al Comité de Investigaciones del Congreso que "a veces uno tiene que ponerse por encima de la ley escrita").

La rápida decisión del presidente Truman, en 1950, de entrar en la guerra de Corea sin esperar el debate en el Congreso y una declaración de guerra, fue saludada como un ejemplo de liderazgo decidido y valiente. Pero se trataba de un acto inconstitucional que rápidamente se tornó amargo para el Congreso y el pueblo norteamericano. El candidato republicano general Dwight D. Eisenhower, ganó la presidencia en 1952 debido considerablemente a su promesa de terminar pronto la guerra de Corea, lo cual hizo con la aprobación popular y el alivio internacional. El fallecido general Douglas McArthur, quien comandó las fuerzas norteamericanas en Corea, dijo después de los hechos: "A cualquier líder que quisiera enviar de nuevo tropas norteamericanas al continente asiático deberían examinarle el cerebro".

El gobierno de Eisenhower eligió a Guatemala en 1954 como el lugar y el momento para violar la Constitución y las leyes internacionales. En este pequeño Estado centroamericano, el cual había elegido como presidente al socialista Jacobo Arbenz, la CIA, bajo la dirección de Allen Dulles, tramó con éxito un golpe militar encubierto, que derrocó al recién elegido líder guatemalteco. Esta operación, sobre la cual Dulles se pavoneó públicamente (extraño comportamiento en sí, tratándose del jefe de una agencia de espionaje), fue no sólo en violación de las leyes norteamericanas e internacionales, sino que fue también un repudio al tradicional respeto norteamericano por la autodeterminación de los pueblos.

Esta clase de grosera intervención —abierta o encubierta en América Central— le ha costado cara a EE.UU., al debilitar nuestra posición ante los ojos de los latinoamericanos. Semejantes tácticas cínicas e ilegales podrán servir a los intereses a corto plazo de unas pocas corporaciones norteamericanas que realizan negocios en Centroamérica, pero no sirven a los intereses de la paz y la justi-



fin: tanto los israelíes como los norteamericanos se habían puesto nerviosos por la intervención cada vez mayor de Noriega. El general panameño era indispensable, pero cada vuelo corría enormes riesgos de ser descubierto. Sin embargo, fue otro el factor desencadenante: dos norteamericanos que trabajaban como agentes para Israel, Jonathan y Anne Henderson-Pollard fueron arrestados en Washington. Los responsables del Mossad decidieron vengarse retirándose de *Aguila Negra*.

Mientras la operación se iba desintegrando, Casey le pidió a North que organizara otra, que se conoció como *Empresa*. A través de la venta de misiles TOW a Irán, esta operación recaudó 48 millones de dólares, de los cuales 16,5 se destinaron a los contras. Pero los tiempos se alargaban: el primer embarque de la *Empresa*, comprado en China, tardó cinco meses en llegar a Centroamérica. Casey, impaciente, comenzó entonces una tercera operación que recibió el nombre de *Supermercado*: se compraron armas de fabricación soviética en Portugal que luego fueron embarcadas hacia depósitos en Honduras y posteriormente a los campamentos contras. Los fondos, en este caso, provinieron de ciertos empresarios que intentaban obtener algún provecho; entre ellos se contaban Ronald Martin y Mario Delamico, dos amigos de Félix Rodríguez. Uno de los líderes del operativo fue John "Jeb" Bush, el hijo del vicepresidente. "En la calle se decía que Jeb era el hombre que había que ver si uno quería ayudar a los contras", aseguró a *Rolling Stone* John Mattes, un ex defensor público.

Allí empieza una larga desavenencia entre North y Rodríguez. Ante el Comité Irán-contras, North atestiguó que se volvió contra la operación *Supermercado* por los misteriosos orígenes de su capital inicial.



Una versión de entonces aseguraba que el financista en las sombras era otra vez Noriega. Rodríguez cree, en cambio, que North se aprovechó para aumentar su base de poder y asegurar a la *Empresa* un virtual monopolio sobre los fondos. La disputa prácticamente dividió al "gobierno en las sombras" de una forma curiosa, ya que North era el favorito de Casey, mientras que Rodríguez era considerado emisario de Bush. El fácil acceso que el cubano tenía a las oficinas del vicepresidente era irritante para North, que escribió en su libreta: "Félix está hablando demasiado sobre la conexión VP".

En la investigación del affaire Irán-contras del Congreso apareció una nota manuscrita de Bush agradeciendo a North su "dedicación y trabajo incansable con el asunto de los rehenes y con América Central". Bush dice que no recuerda por qué mandó la nota. Sin embargo la fecha, noviembre de 1985, sugiere que se intentaba una apertura para aflojar las tensiones en el grupo. Pero poco después envió uno de sus propios hombres, Samuel Watson, para supervisar las operaciones con los contras.

Desde pequeño, George Bush fue educado para el poder. Pasó por los mejores colegios y universidades, cumpliendo con el modelo americano: excelente estudiante y hábil deportista. Luego haría buenos negocios en la actividad petrolera hasta entusiasmarse con la política. Mucho después aparecería otra pasión: las operaciones encubiertas y los contras nicaragüenses.

Para 1986, el "gobierno en las sombras" tenía serias resquebrajaduras. Sin embargo, se logró seguir adelante un tiempo más, hasta el 5 de octubre. Ese día el ejército nicaragüense derribó el avión de Southern Air, destrozando al mismo tiempo una cobertura que casi había logrado éxito.

Desde que saltó el escándalo Irán-contras, a fines de 1986, Bush y su equipo han negado rotundamente estar involucrados. "Existe una insidiosa sugerencia de que yo conducía una operación", dijo el vicepresidente. "Es falsa, injusta y totalmente equivocada". Siempre ha hecho hincapié en que él y su staff fueron exonerados por el comité investigador. Sin embargo, la investigación se centró en la operación *Empresa* de North y sus conexiones iraníes. Sólo hubo una referencia a *Supermercado* y ninguna a *Aguila Negra*.

Consultado sobre las conclusiones de la investigación de *Rolling Stone*, George Bush hizo contestar a su secretario de prensa: "El mantendrá las declaraciones que ya hizo". El viernes 20 será el presidente de los Estados Unidos.





PRESIDENTE CONSTITUCIONAL, SE BUSCA



Por George McGovern

Cuando un nuevo presidente llega al poder, él alza su mano derecha, coloca su mano izquierda sobre la Biblia, mira directamente a los ojos del presidente de la Corte Suprema de Justicia y luego jura "preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos de América". Incluidas en el artículo II de la Constitución, bajo las responsabilidades del presidente, están estas palabras: "El presidente se preocupará de que las leyes se cumplan *al pie de la letra*".

Esta es la única promesa que el presidente está legalmente obligado a cumplir. En realidad nadie espera (o desea, muy probablemente) que el nuevo presidente cumpla con cada uno de los puntos de su plataforma de campaña. Pero sí tenemos el derecho a esperar de un presidente que honre su juramento constitucional y que cumpla con las leyes del país, aun con aquellas leyes que no sean personalmente de su agrado.

Desgraciadamente, muchos de nuestros presidentes desde el fin de la Segunda Guerra Mundial han violado la Constitución y las leyes. Virtualmente cada crisis presidencial grave en los últimos cuarenta años ha sido consecuencia de violaciones presidenciales de la ley. Desde la guerra de Corea a Bahía Cochinos, desde Vietnam a Watergate, Irán y la guerra encubierta contra Nicaragua, los presidentes han debilitado al país y a su propia credibilidad al deshonrar la Constitución.

La mayoría de estas violaciones se han cometido en nombre de la seguridad nacional, la mayoría de ellas fueron confabulaciones preparadas en secreto por un puñado de personas que rodeaban al presidente. La mayoría de ellas no sólo era ilegal, sino que eran ideas mal concebidas, que avergonzaron al país. Estas crisis constitucionales no reconocen preferencias partidarias y han afectado del mismo modo a los gobiernos demócratas como a los republicanos.

La CIA

Durante 1947, con la guerra fría intensificándose, el presidente Harry Truman creó la Agencia Central de Inteligencia (la CIA), para fortalecer y coordinar la recolección de inteligencia en el extranjero. Casi desde sus mismos inicios, la CIA se comprometió no sólo en la recolección de información de inteligencia, sino también en operaciones encubiertas, las cuales incluían —en el extranjero— fraudes electorales y manipulación de sindicatos, sobornos a funcionarios oficiales, ejecución de operaciones paramilitares, derrocamientos de gobiernos, asesinato de funcionarios extranjeros, protección de criminales de guerra nazis, y mentirle al Congreso.

En los últimos años, Truman lamentó profundamente las operaciones de la CIA, las cuales sobrepasaron todo lo que él pensó al crearla. Pero las prácticas han seguido adelante y, lo que es más significativo, pareciera que han infectado la conducta de nuestros funcionarios de seguridad nacional, desde el presidente para abajo. Si resulta aceptable que la CIA viole las leyes en nombre de la seguridad nacional, ¿por qué no se debería justificar a otros cuando colocan la seguridad nacional por encima y más allá de la Constitución? (tal es el caso de Fawn Hall, secretaria del teniente coronel Oliver North, quien dijo al Comité de Investigaciones del Congreso que "a veces uno tiene que ponerse por encima de la ley escrita").

La rápida decisión del presidente Truman, en 1950, de entrar en la guerra de Corea sin esperar el debate en el Congreso y una declaración de guerra, fue saludada como un ejemplo de liderazgo decidido y valiente. Pero se trataba de un acto inconstitucional que rápidamente se tornó amargo para el Congreso y el pueblo norteamericano. El candidato republicano general Dwight D. Eisenhower, ganó la presidencia en 1952 debido considerablemente a su promesa de terminar pronto la guerra de Corea, lo cual hizo con la aprobación popular y el alivio internacional. El fallecido general Douglas McArthur, quien comandó las fuerzas norteamericanas en Corea, dijo después de los hechos: "A cualquier líder que quisiera enviar de nuevo tropas norteamericanas al continente asiático deberían examinarle el cerebro".

El gobierno de Eisenhower eligió a Guatemala en 1954 como el lugar y el momento para violar la Constitución y las leyes internacionales. En este pequeño Estado centroamericano, el cual había elegido como presidente al socialista Jacobo Arbenz, la CIA, bajo la dirección de Allen Dulles, tramó con éxito un golpe militar encubierto, que derrocó al recién elegido líder guatemalteco. Esta operación, sobre la cual Dulles se pavoneó públicamente (extraño comportamiento en sí, tratándose del jefe de una agencia de espionaje), fue no sólo en violación de las leyes norteamericanas e internacionales, sino que fue también un repudio al tradicional respeto norteamericano por la autodeterminación de los pueblos.

Esta clase de grosera intervención —abierta o encubierta en América Central— le ha costado cara a EE.UU., al debilitar nuestra posición ante los ojos de los latinoamericanos. Semejantes tácticas cínicas e ilegales podrán servir a los intereses a corto plazo de unas pocas corporaciones norteamericanas que realizan negocios en Centroamérica, pero no sirven a los intereses de la paz y la justi-



PRESIDENTE CONSTITUCIONAL, SE BUSCA



cia, ni a los intereses a largo plazo del pueblo norteamericano.

Ganancias y pérdidas

El gobierno de Eisenhower experimentó su crisis más grave cuando, durante el último año de su mandato, el señor Eisenhower vio destruidas sus esperanzas de alcanzar una apertura para un control soviético-norteamericano de armamentos, debido al abatimiento de un avión espía norteamericano, que se encontraba violando el espacio aéreo soviético. Hubo fuertes indicios de que el presidente Eisenhower y el dirigente Nikita Jruschov se hallaban entonces al borde de una reunión cumbre, la cual pudo haber transformado la guerra fría. Pero cuando el equipo de Eisenhower, primeramente, trató de negar el patrocinio de la misión de espionaje del piloto norteamericano Francis Gary Powers, y luego fuera obligado a reconocer el involucramiento de EE.UU., una vez que Powers fuera capturado y confesara, la reunión cumbre se desplomó. En este caso, cualquier cosa que el país haya ganado mediante semejantes actividades encubiertas e ilegales, fue dolorosamente anulada por la pérdida de una prometedora apertura hacia un entendimiento soviético-norteamericano.

La debacle de Bahía Cochinos, a comienzos del gobierno de Kennedy, fue otro ejemplo clásico de planes secretos, ilegales y mal concebidos, que no sólo violaron el sistema constitucional de controles y equilibrios, sino que también perjudicaron la posición internacional de Estados Unidos.

La humillación de Bahía Cochinos fue uno entre varios factores que hizo que el presidente Kennedy profundizara la intervención norteamericana en Vietnam. El estaba ansioso de demostrar su dureza luego del fracaso en Cuba.

A comienzos, en pequeña escala durante las administraciones de Eisenhower y Kennedy, la intervención norteamericana en Vietnam fue convertida en una guerra en gran escala por el presidente Johnson, y así continuó y fue llevada hasta Camboya por el presidente Richard Nixon. Toda la desastroza intervención, finalmente, se desplomó derrotada con la caída de Saigón y el ignominioso rescate aéreo del embajador norteamericano desde el techo de nuestra embajada en el año 1975.

Esta calamitosa y enormemente costosa aventura militar norteamericana sobrepasó con creces el sistema constitucional de controles y equilibrios. En su mayor parte, fue una guerra del Poder Ejecutivo. Nunca hubo una declaración de guerra por parte del Congreso, ni nunca le fue solicitada.

En la medida en que declinaba el apoyo a la guerra, tanto en el Congreso como a través del país, el presidente Johnson se decidió a terminar con cualquier esfuerzo dirigido a su reelección. Pero el sucesor de Johnson, Richard Nixon, luego de sugerir que él tenía un nuevo plan para terminar la guerra, la continuó durante cuatro años más, incluyendo una campaña de bombardeos secretos contra Camboya durante 1970-1971. El presidente Nixon y sus allegados insistentemente negaban estar bombardeando a la neutral Camboya, al tiempo que ordenaban a la fuerza aérea adulterar los registros y continuar con el bombardeo.

Fueron los esfuerzos de la administración Nixon por tapar las filtraciones hacia la prensa sobre los bombardeos ilegales, lo que condujo a la creación de la "plomería" en la Casa Blanca, con sus intervenciones ilegales de teléfonos de asistentes claves de la misma Casa Blanca y de periodistas.

Fundamentalmente, se puede señalar que la atmósfera de conspiración que condujo al escándalo de Watergate y a la liquidación del gobierno de Nixon tuvo su origen en la guerra de Indochina. Una política exterior inconstitucional y mal concebida llegó a envenenar el ambiente de nuestra política nacional.

Uno de los aspectos positivos del escándalo Watergate fue el supuesto de que ésta había sido una lección tan dolorosa que el país razonablemente podría esperar que ningún otro presidente la repetiría en muchísimo tiempo. Pero en el otoño de 1986 —catorce años después del Watergate— se supo que la actual administración estaba vendiendo armas secretamente al peor gobierno terrorista del mundo, y que ilegalmente estaba desviando las ganancias hacia los contras, tratando así de sabotear al gobierno de Nicaragua.

Violaciones de la ley

Ambos extremos de la grotesca operación aparecen violando la ley. La Ley Federal —agregada a la enunciada política exterior del gobierno— prohibe la venta de armas a Estados terroristas. La ley sí le otorga al presidente la autoridad para hacer a un lado esta barrera, si él considera que semejante venta de armas está en el interés nacional, *pero sólo si él lo informa así al Congreso*. Tal consideración no se le hizo llegar al Congreso y, en los hechos, el gobierno tomó conscientemente la decisión de no informar sobre la venta ni al Congreso ni a otros miembros importantes de la administración. El procurador general Meese ha dicho que por lo menos once estatutos federales parecen haber sido violados. ¿Por qué motivo?

Irán representa el tipo de peligroso fanatismo extremista que amenaza con terminar con toda esperanza de paz y estabilidad en el Medio Oriente. Sin embargo, el armamento antiaéreo y antitanque que el gobierno de EE.UU. le suministró era, precisamente, el armamento que Irán necesitaba para superar la ventaja de Irak en aviones y tanques, que sobrepasaba el mayor poderío iraní en hombres.

Cuando Franklin D. Roosevelt entregó cincuenta destructores de reserva a los ingleses, en momentos en que EE.UU. era todavía oficialmente neutral, él infringió la ley, pero lo hizo públicamente, para asegurar los intereses de Estados Unidos. En la trama Irán-contras parecería que la ley fue echada a un lado, en pro de una operación que apuntaba contra el interés nacional y la política exterior declarada de nuestro gobierno. Estos factores han llevado a muchos de nuestros amigos en el exterior a la conclusión de que las actuales violaciones son mucho más graves que el escándalo Watergate.

Previamente, la invasión a Granada y el bombardeo de Libia —ambos en violación de la ley norteamericana e internacional—, sin duda que contribuyeron a una noción dentro de la Casa Blanca, en el sentido de que las tácticas ilegales y arrogantes resultaban aceptables, tratándose de un presidente popular.

Si el Congreso, la prensa y el público hubiesen sido más insistentes en cuanto a un comportamiento constitucional, el gobierno podría no haberse inclinado a ignorar la ley en relación con Irán y Nicaragua.

La mayor ironía, virtualmente en todos los casos de operaciones encubiertas ilegales que se han descubierto, tanto en gobiernos demócratas como republicanos, es que ellas no sólo han debilitado nuestra democracia constitucional, sino que también han sido errores de política exterior. Algunas de ellas han debilitado gravemente nuestra posición y credibilidad en el mundo. Además, todas ellas han sido contraproducentes en sus consecuencias.

Pudo haber actividades ilegales encubiertas que tuvieran éxito en promover los intereses norteamericanos, sobre las cuales yo no tenga noticias, pero, como viejo senador y miembro del Comité de Relaciones Exteriores vitalmente interesado en las relaciones exteriores de EE.UU., estoy convencido de que el resultado neto de todas estas operaciones ilegales, incluyendo las guerras no declaradas, ha sido el debilitar la nación.

Quienes hicieron la Constitución, previeron los peligros de un Poder Ejecutivo fuera de control, y elaboraron un sistema de equilibrios y controles que dejaba la facultad de declarar la guerra en manos del Congreso y la de ejecutar la guerra en las manos del presidente. Ellos se habrían horrorizado de las actividades secretas, unilaterales y sin control que han estado llevando a cabo los presidentes y sus equipos de asesores personales durante los últimos años. Pero no les habrían sorprendido los resultados peligrosos y conducentes a la derrota, producto de esta conducta imperial y mal asesorada.